

indígenas, del nombre de un cacique que habitaba en un pueblo cercano; los españoles le denominaron Río de Grijalva en honor de su jefe.

Allí lograron tener una entrevista amistosa con los habitantes del país, así como con el cacique de la comarca vecina, que ya tenía noticias por



Bajos relieves encontrados en Kabah referentes á una victoria de los yucatecas sobre los mexicanos

sus espías de la llegada de los extranjeros. Aunque la conversación tuvo que sostenerse por medio de signos y ademanes, pronto conocieron los españoles que los indígenas les preguntaban por el país de que procedían y acerca de las causas y móviles que les habían impulsado á visitar aquellas costas. Obtuvieron diversos objetos de oro, al propio tiempo que la

agradable noticia de que en un país situado más á Poniente hallarían este metal en gran cantidad. Los indígenas emplearon, al hablar de este país, diferentes veces las palabras *Culba* y *México*.

A orillas de un río situado más al Noroeste hallaron reunidos gran número de indios que habían adornado sus lanzas con banderitas de trapos



Vasijas de Yucatán y de Teotihuacán

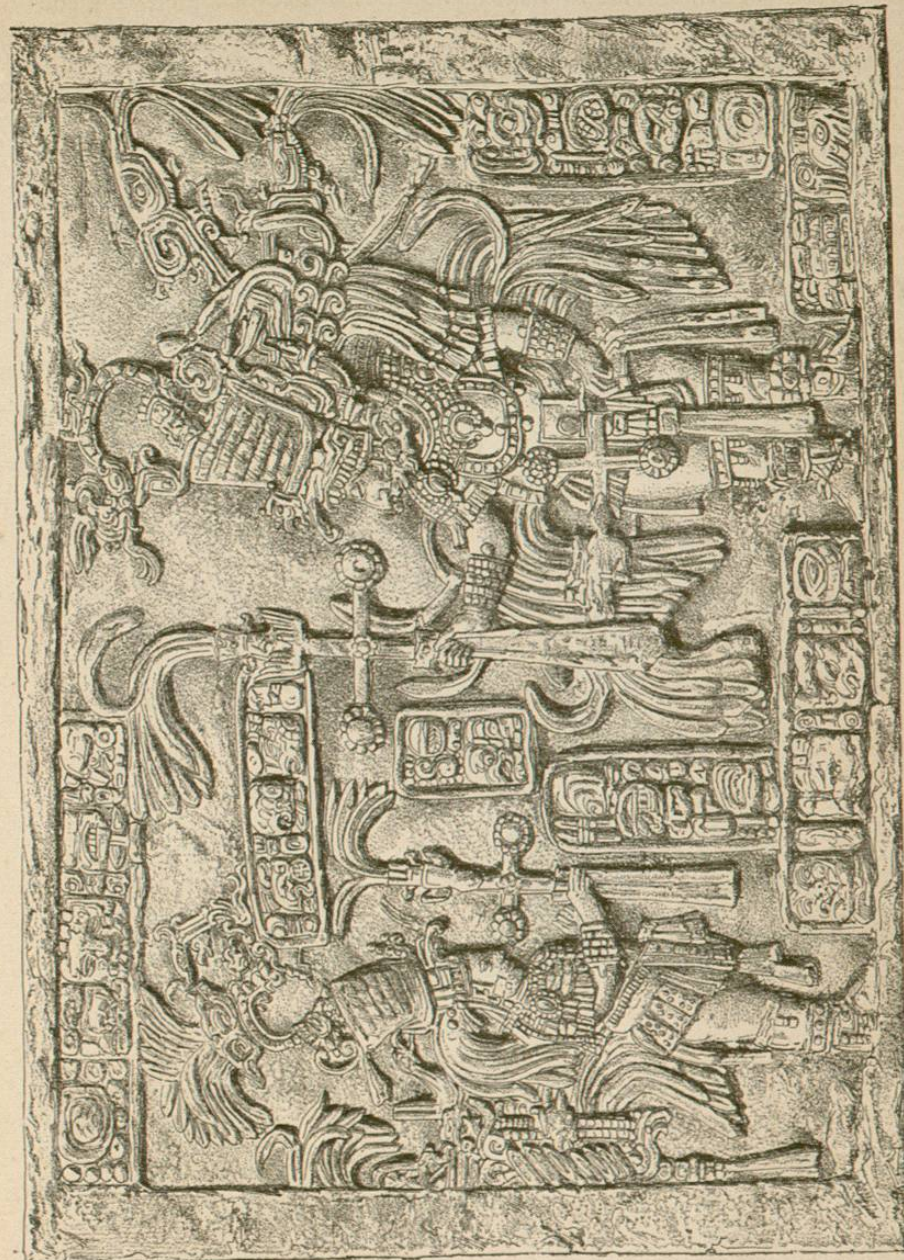
blancos, por lo que los españoles bautizaron á este río con el nombre de Río de las Banderas. Aquellos indígenas eran enviados de un poderoso jefe que vivía en el interior, y que, según versiones, era rey de muchas provincias y países. Había recibido noticia detallada de los combates sostenidos por Hernández de Córdoba y Grijalva en Yucatán, y sobre un pedazo de paño burdo le habían dibujado el aspecto que presentaban los forasteros para darle mejor idea de ellos. Entonces ordenó que le tuviesen al corriente de todos los movimientos de los españoles y que indagasen cuáles eran sus intenciones. Lo que más le preocupaba era una antigua tradición del país que anunciaba la venida de un pueblo de Oriente que sometería á su yugo todo el país. El jefe de la embajada india era uno de los gobernadores de aquel soberano llamado Motezuma que vivía en una gran ciudad construída en el centro de un lago.

Los españoles permanecieron bastantes días en aquella comarca cambiando cuentas de vidrio verde y otras cosas sin valor alguno por ricos objetos de oro artísticamente trabajados. Navegando más hacia Noroeste hallaron una isleta en la que vieron un templo edificado de piedra. Anchas escaleras conducían á un altar, detrás del cual se elevaban diversas extrañas figuras de ídolos, á los cuales habían sido sacrificados hacía poco tiempo cierto número de personas. Aún yacían los mutilados cadáveres esparcidos alrededor; los cuerpos habían sido abiertos para arrancarles el corazón, y los miembros cortados á hachazos. Los altares chorreaban aún sangre.

Otro espectáculo del mismo género aterrador y repugnante ofrecióse á la vista de los españoles en otra isleta, donde cuatro sacerdotes envueltos en amplios mantos negros, y cuyos cabellos flotantes caían en el más asqueroso desorden, acababan de degollar á dos muchachas arrancándoles el corazón para ofrecérselo á un horroroso ídolo. En recuerdo de lo que habían visto dieron á la primera de estas islas el nombre de Isla de los Sacrificios y á la segunda el de Isla de San Juan de Ulúa.

Después de haber enviado desde este punto á Pedro de Alvarado á Cuba con las riquezas recogidas hasta entonces, siguieron aún la costa un buen trecho hacia el Norte hasta que llegaron al actual río de Panuco. Varias veces vieron á lo lejos, tierra adentro, populosas ciudades y pueblos, divisando también á larga distancia grandes montañas de atrevidos y altos picos cubiertos de nieve. Al llegar al río de Panuco viraron los barcos, que estaban bastante averiados, para emprender el regreso. A orillas del río Guacascualco, el actual río Coatzacoalco, entraron otra vez en tratos con los indígenas, cambiando cuentas de vidrio verde, no sólo por gran número de objetos de oro, sino también por hachas de metal de extraña forma y perfectamente pulimentadas, que á la vez que servían como adorno podían utilizarse como armas de combate. Equivocadamente tomaron los españoles el metal pulimentado por una pequeña cantidad de oro, adquiriendo más de 600 de estas hachas; pero sufrieron una amarga decepción cuando al examinarlas después en Cuba vieron que las supuestas hachas de oro eran de una mezcla de cobre fino y bronce, por lo cual se habían cubierto de cardenillo durante la travesía. En cambio, las riquezas que habían conseguido reunir eran bastante considerables para hacer comprender la importancia de la expedición y echar más combustible al fuego que animaba á muchos españoles de emprender nuevas aventuras y descubrimientos.

Si bien corresponde á Juan de Grijalva la gloria de haber sido el primero que pisó el suelo mexicano y estableció relaciones con los aztecas, no había de ser él, sino otro, el que recogiese el fruto de su descubrimiento.



Dintel esculpido perteneciente á la puerta central de un templo, en Lorillard (Yucatlán)

En vez de merecidas alabanzas sólo obtuvo reproches de parte de su tío Velázquez por no haber fundado en aquellas comarcas una colonia, contraviniendo las órdenes recibidas; y por más que Grijalva fuese muy apreciado para jefe por las gentes de una segunda expedición organizada en gran escala, y en la que tomaban parte todos sus compañeros de la anterior, no quiso Velázquez decidirse á concederle el mando, confiriéndoselo después de algunas consideraciones á Hernán Cortés. El desairado Grijalva hizo, por el contrario, en el año de 1523 un viaje á La Florida acompañado de Garay, unióse más tarde á Pedro Arias, y halló con Hurtado su fin en Nicaragua.



Effigie del idolo Quetzalcoatl



Retrato de Hernán Cortés

HERNÁN CORTÉS Y SU DESEMBARQUE EN MÉXICO

Entre la serie de héroes que dieron á la historia de la Edad media de España mayor brillo y esplendor, es Fernando, ó Hernando ó Hernán Cortés, con cuyo último nombre es más conocido, la figura principal y sobresaliente. Hombre de férrea voluntad y constancia á toda prueba, de intre-